la escuela de Torroja

JAIME NADAL, ingeniero de caminos

108 - 9

El Excmo. Sr. D. Eduardo Torroja Miret, Marqués de Torroja, era para sus discípulos nada más y nada menos que «Doneduardo».

Esto dicho así, no parece tener otra particularidad que su convencional ortografía, ya que no de otro modo, es decir, por su nombre precedido de don, se habla de los profesores y, en general, de las personas que nos infunden respeto.

Sin embargo, no es ese exactamente el caso, pues nosotros jamás separábamos las dos palabras, y ahora, pensando en ello, nos damos cuenta que, de ese modo, inconscientemente, nos referíamos, o nos dirigíamos a él, expresando, al mismo tiempo que nuestro respeto y admiración, una idea de dependencia espiritual, cuyo mejor paralelo es el papá con que los hijos llaman a sus padres. Porque Doneduardo, que fue un hombre sencillo y comprensivo, supo crear ahora, en la era del «bluson noir» y del «rock and roll», algo que parecía haber desaparecido con los clásicos de la antigüedad: una Escuela.

Este concepto de escuela, en contraposición al de inmediata independencia y rebeldía que anima a gran parte de la juventud actual; este seguir al maestro para escucharle y dialogar con él en un jardín o en una sobremesa; esta fe en sus opiniones; este deseo de leal controversia; este análisis libre, pero ordenado y honesto, de las más diversas cuestiones; este sentir común, y este compartir inquietudes; este ir a la ciencia por la ciencia a través de un maestro, es algo de lo cual nadie se ha ocupado al tratar de Torroja, y por eso quiero apuntarlo yo hoy, con estas pobres líneas, lamentando que tan gran tema no haya aún encontrado mejor pluma, y esperando que algún día alguien, con más méritos y mejores dotes literarias que las mías, pueda expresar, como su memoria merece, todo lo que el maestro hizo en este sentido, toda la grandeza que el empeño encierra, y pueda, además, extraer de ello esa gran lección que Don Eduardo nos dio a todos con su vida y muerte ejemplares.

Si me preguntasen que quiénes forman su escuela, tendría que remitirme a un pasaje del Evangelio, cuando preguntaron al Señor que quiénes eran nuestros semejantes, y para acentuar aún más el paralelismo, podría añadir que él llamó a muchos y pocos fueron los elegidos; pero en aquellos que lo fueron, no contó ni su nacionalidad, ni su profesión, ni ninguna otra condición discriminatoria al uso de las actuales agrupaciones. Torroja dejó discípulos en todas partes del mundo. Allí, en California, donde Fray Junípero evangelizara, hay arquitectos que, con trocitos de goma y rollitos de polivinilo, rinden tributo a Torroja, buscando la expresión plástica e intuitiva de fenómenos complejísimo que el maestro nos explicaba cuando se refería a cubiertas laminares. Fue en Fénix—Arizona—, donde se dijo de él que era el más grande de los ingenieros que entonces vivían, y en Escandinavia, también se siguen sus teorías.

No crean los escépticos, ni vayan a imaginar los que en el orden didáctico se tienen por ortodoxos, que esas intuitivas, esas tendencias o esas teorías tuyas se siguen sólo por haberlas expuesto en una pizarra y haberlas difundido en letra de molde, porque si el libro y las lecciones académicas no se acompañan con algo más, con algo que se lleva muy dentro, que brota del corazón y se expresa con un ejemplo vivo y constante, pescando truchas, socorriendo a un subordinado en desgracia, o, sencillamente, regando un tiesto, se olvida pronto y se depura y enfría para acabar todo lo más sintetizado en un teorema.

Del maestro no queda, que yo sepa, ni un solo teorema de enunciado clásico y demostración analítica. El, que tanta matemática hizo, no quiso expresarla en signos y guarismos. Fue algo así como un inspirado compositor cuyas melodías no hubiesen pasado jamás al pentagrama, y por eso, tal vez, brotaba en él la técnica con ese encanto pristino que sólo se encuentra ya en la balada de un pastor, en la guitarra que tañe un espíritu acongojado o en el dibujo de un niño.

Pero Don Eduardo llegó tan dentro de los corazones porque era humano, profundamente humano. Sorprendentemente humano para aquellos que sólo le hayan conocido en su cátedra, en sus conferencias o en sus relaciones sociales.

Era humano y era tímido. Lo primero fue determinante de una de las dos vertientes que tenía su personalidad: la que atraía, la que convencía, la que subyugaba. La timidez, es el fondo de esa otra faceta que se reflejaba en una cabeza hundida entre los hombros, un gesto que era medio de dolor, medio de indiferencia, una mirada penetrante, que sentíamos a veces, allí donde no hubiéramos querido que llegara. Era ese comentario agudo, amargo, corto y tajante; era una frase lapidaria que sintetizaba y cortaba toda objeción.

Por naturaleza él era lo otro. Por subconsciente autodefensa, él era éste.

Para el maestro sólo hubo un criterio diferencial para elegir a los suyos. Un criterio que pasará a la posteridad, porque lo dejó escrito en la carta a sus colaboradores. Esta condición sine-quanton es, sencillamente: que sientan la responsabilidad social de nuestra técnica».

Esa responsabilidad social puede sentirla lo mismo un arquitecto que un ingeniero, que un universitario, que un artesano, o que un obrero, aunque no todos los universitarios, arquitectos, artesanos, ingenieros u obreros la sientan. De entre aquellos capaces de valorarla en sus propias dimensiones, su escuela la forman los que están dispuestos a trabajar en equipo, sin recelos, en apretadas filas, porque están convencidos que si alguna vez fue posible que un solo hombre dominase todas las técnicas que confluyen en la construcción, los tiempos en que eso ocurriera pertenecen al pasado.

En suma, su escuela la forman hombres que están dispuestos a adoptar una postura de sincera humildad, reconociendo sus propias limitaciones y aceptando que otros, con su saber, vengán a ayudarles. Sólo así es posible enmendar un error que amenaza con ahogar en un espíritu de Cábila, mentes que deben permanecer abiertas a todos los vientos, porque en ellas tiene depositada la Humanidad gran parte de sus esperanzas.

Los frutos que pueda dar esa escuela de Torroja son difíciles de prever, porque la idea que la preside es tan amplia y de tan general aplicación, que no puede, en modo alguno, considerarse privativa de una sola rama de la producción, cual es la construcción, sino que, por el contrario, cada cual, cada sector de la técnica actual, puede aplicarla.

A nosotros nos incumbe contribuir a desarrollarla en un campo limitado, pero no olvidamos que «el tiempo no importa» y que «muy por encima de los resultados técnicos» valoró el maestro «la experiencia realizada en un sentido humano, social y profesional».

Por de pronto, «ha quedado demostrado que en España era posible crear unas organizaciones en las que exista una perfecta convivencia entre las diferentes profesiones, entre los de arriba y los de abajo», y si una patria es una unidad de destino en lo universal, una escuela es una unidad de actuación, también en lo universal, y esta unidad de acción, este seguir por la ruta marcada, es lo que se propone la escuela de Torroja.

Hay que seguir, al compás de los tiempos, sin desviarse, pero rectificando cuando lo aconsejen las circunstancias, porque no tenemos marcadas metas, sino rumbos, y no importa tanto las estaciones como la dirección a seguir, y en esa dirección estamos, porque creemos que merece la pena seguirla tal y como él la marcó, porque nos obliga la fe que han depositado en nosotros, porque conocemos las dificultades que nos esperan y, fundamentalmente, porque confiamos en el apoyo de toda la escuela de Torroja, que en su verdadero sentido la componen todos los que encontrándose donde se encuentren, sin distinción de cometidos, profesiones o actividades, creen todavía que en el mundo actual, y concretamente en el mundo de la técnica, todos somos necesarios para que los caminos sean mejores, las viviendas más confortables, los materiales más bonitos y cuente el Señor con más templos donde podamos alabar su grandeza.